



Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores 2025

Subsidio litúrgico

Quinta Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores (pontificia).

En el domingo 27 de julio de 2025, XVII Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo C, solemnidad.

Este subsidio se puede utilizar también en el sábado 26 de julio de 2025, san Joaquín y santa Ana, memoria, abuelos de nuestro Señor Jesucristo.

También puede ser utilizado en otro día de la semana, proclamando, si así está permitido, las lecturas de la memoria de san Joaquín y santa Ana, según las indicaciones de la Ordenación General del Misal Romano (cf.: 352-363).

I.- Ritos iniciales

Monición de entrada

El sacerdote celebrante, después de signarse y saludar al pueblo, dice la siguiente introducción al acto penitencial:

Queridos hermanos:

Celebramos hoy la quinta Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, recordando a san Joaquín y santa Ana, padres de la Virgen María y abuelos maternos de nuestro Señor Jesucristo.

El lema de este año es: «¡Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza!» (cf. Eclo 14,2). Estas palabras, tomadas del libro del Eclesiástico, expresan la bienaventuranza de los ancianos y señalan la esperanza puesta en el Señor como camino hacia una vejez cristiana y reconciliada.

En el año del Jubileo, esta Jornada quiere ser una oportunidad para reflexionar sobre cómo la presencia de los abuelos y los ancianos puede convertirse en un signo de esperanza en cada familia y comunidad eclesial.

A todos nosotros nos incumbe el cuidado amoroso y solícito por nuestros hermanos de mayor edad, especialmente por nuestros abuelos y familiares, para que se sientan amados y acompañados. Por eso, vamos a tener un recuerdo muy especial por todos ellos, dando gracias a Dios por todo lo que ellos nos han dado y nos siguen ofreciendo hoy en día. También vamos a pedir para que Dios les otorgue una feliz ancianidad vivida en compañía de sus familiares y seres queridos.

Por eso, para disponernos adecuadamente a esta celebración, vamos a reconocer nuestros pecados y a perdonarnos unos a otros, como nuestro Señor Jesucristo nos mandó, para que encuentre siempre abiertos nuestros corazones para recibir su ternura y su misericordia.

(Silencio)

Tú, que nos das el don del perdón y de la misericordia. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú, que nos diste ejemplo de gratitud y obediencia a Dios Padre. Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Tú, que aceptas nuestra acción de gracias por todos tus dones. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

En el domingo, se recita o canta el “Gloria”.

Oración colecta

En el XVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Oh, Dios, protector de los que en ti esperan
y sin el que nada es fuerte ni santo;
multiplica sobre nosotros tu misericordia,
para que, instruidos y guiados por ti,
de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros
que podamos adherirnos ya a los eternos.
Por nuestro señor Jesucristo.

En la memoria obligatoria de san Joaquín y santa Ana:

Señor, Dios de nuestros padres,
tú concediste a los santos Joaquín y Ana
la gracia de que naciera de ellos
la Madre de tu Hijo encarnado,
concédenos, por la plegaria de ambos,
la salvación prometida a tu pueblo.
Por nuestro señor Jesucristo.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Oh, Dios,
que, por la gracia del Espíritu Santo,
has infundido los dones de la caridad
en el corazón de tus fieles;
concede a tus siervos,
para quienes suplicamos tu clemencia,
la salud del cuerpo y del alma,
para que te amen con todas sus fuerzas
y realicen con todo amor
lo que es de tu agrado.
Por nuestro Señor Jesucristo.

II.- Liturgia de la palabra

Ideas para la homilía

Queridos hermanos:

Estamos celebrando la quinta Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, en el entrañable recuerdo de san Joaquín y santa Ana, los padres de la Virgen María y abuelos maternos de nuestro Señor Jesucristo, en este año jubilar dedicado a la esperanza. Y la esperanza es siempre fuente de alegría, de felicidad. Por eso, el lema de la Jornada de este año es, como dice la sagrada Escritura, «Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza» (cf. Eclo 14,2).

Y nuestros abuelos, nuestros mayores, no ven desvanecerse su esperanza porque, como expresa el Papa León, la esperanza «cuando esta ha sido templada por el fuego de una larga existencia, se vuelve fuente de una bienaventuranza plena». Fuente de la que disfrutan no sólo ellos, sino también sus familiares y amigos, sus hijos y sus nietos, las nuevas generaciones.

Nuestros mayores que viven en la esperanza de la vida eterna, sienten la necesidad de compartirla con los más jóvenes. «Si, por tanto, es verdad que la fragilidad de los ancianos necesita del vigor de los jóvenes, también es verdad que la inexperiencia de los jóvenes necesita del testimonio de los ancianos para trazar con sabiduría el porvenir. ¡Cuán a menudo nuestros abuelos han sido para nosotros ejemplo de fe y devoción, de virtudes cívicas y compromiso social, de memoria y perseverancia en las pruebas! Este hermoso legado, que nos han transmitido con esperanza y amor, siempre será para nosotros motivo de gratitud y de coherencia».

Los ancianos no son sólo los destinatarios de nuestra atención pastoral, sino también testigos de esperanza, protagonistas activos de la vida eclesial. Su experiencia de vida y de fe es un patrimonio valioso, capaz de enriquecer a las nuevas generaciones y de fortalecer la Iglesia y la sociedad.

Efectivamente, a lo largo de su vida, han experimentado la fuerza para superar los problemas y dificultades, que da la fe en Dios. Esta segura confianza en que Él siempre está con nosotros, permite que afrontemos los padecimientos y contrariedades de la vida con serenidad y paciencia. Pero esta experiencia no la poseen aún nuestros jóvenes debido, precisamente, a su juventud. Por ello, necesitan el testimonio creíble de quienes ya han sentido, a lo largo de su vida, la acción del Espíritu que, a la vez que nos consuela en nuestros sufrimientos, nos impulsa a continuar trabajando por el bien de nuestros hermanos.

Siempre es necesario recordar que el futuro de la Iglesia y del mundo es de los jóvenes y de los mayores; de los jóvenes, porque han de construirlo; de los mayores, porque han de enseñar a los jóvenes a construirlo con la sabiduría de la experiencia de la vida iluminada por Cristo.

Todos estamos llamados a participar en este diálogo entre generaciones, pero especialmente nuestros mayores, nuestros abuelos, con la autoridad moral que poseen para con los más jóvenes, como maestros que son en el arte de la vida.

El mayor legado que les pueden donar a las nuevas generaciones es, precisamente, la fe y la esperanza en la vida eterna. Su peregrinaje por este mundo tiene como meta esa felicidad que no tiene fin, en la contemplación de Dios que nos llenará eternamente de la plenitud de la felicidad, que sólo Él nos puede dar.

La intensa y hermosa dedicación de nuestros mayores al cuidado de sus hijos y nietos, con abnegación y ternura, nos enseña a reconocer su papel insustituible como custodios de la memoria, testigos de la fe y maestros de vida.

Custodios de la memoria, porque guardan el tesoro de nuestra tradición y costumbres, de la experiencia de nuestra historia colectiva y como Pueblo de Dios y, además, de la experiencia de la acción de Dios en su propia historia, con sus luces y sombras, sí, pero también con la seguridad que da esa certeza de que Él continuamente está actuando en nuestra vida.

De ahí que, del mismo modo, son testigos de la fe que se mantiene firme en la esperanza, a pesar de todas las contrariedades de las que está llena la vida. Fe que profesan notoria y públicamente dando testimonio, ante todos los que los contemplan, de quién es Aquél que sostiene sus vidas, y que les da paciencia y coraje para perseverar en la fe hasta la recompensa prometida para todos los que le obedecen.

Por ello, son maestros de la vida, capaces de enseñar el camino del bien y de la virtud, pues ellos han recorrido antes que nosotros, que nuestros jóvenes, el mismo camino que nosotros estamos recorriendo ahora, el camino de la vida que desde este mundo nos lleva a la vida eterna.

¡Demos gracias a Dios por la gran misión a la que ha llamado a nuestros mayores y abuelos: la de transmitir la fe y la esperanza a las nuevas generaciones!

III.- Oración de los fieles

Sacerdote:

Confiando en la ternura misericordiosa de Dios, que siempre está con nosotros, le rogamos por intercesión de san Joaquín y santa Ana, abuelos de nuestro Señor Jesucristo.

Lector:

- Por el Papa León XIV, para que el Señor bendiga y proteja su ministerio, y por la Iglesia, guiada por él, para que sea cada vez más un hogar acogedor para los abuelos y los mayores. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por nuestras autoridades: para que asistan y protejan a nuestros mayores, ayudándoles en sus necesidades materiales y espirituales, y protegiendo su derecho a la vida y a la salud hasta el fin natural de sus días. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros, los mayores, para que sigamos mirando hacia el futuro y para que, con nuestra experiencia y nuestras oraciones, sigamos esforzándonos por construir un mundo más fraterno. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por los jóvenes: para que ofrezcan al Señor el pan de su vitalidad, no guardandoselo para sí, sino entregandoselo a Dios para que Él lo multiplique y el mundo se regocije en la alegría desbordante de un nuevo abrazo entre jóvenes y mayores. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros, abuelos y abuelas, para que seamos fuente de sabiduría para nuestras familias y aprendamos a transmitir el tesoro de la fe a nuestros nietos y a las nuevas generaciones. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por las familias: para que unidas en el amor, cuiden con afectuosa generosidad a sus mayores, confortándolos en su ancianidad, y nunca los abandonen ni los olviden. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros: para que siempre cuidemos y acompañemos a nuestros hermanos mayores con la ternura y el cariño que ellos nos han dado primero. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

Sacerdote:

Dios, Padre misericordioso, que suscitas en medio de tu Iglesia el testimonio y la intercesión de los padres de la Virgen. Que la vida de san Joaquín y santa Ana nos aliente y nos estimule a los abuelos, y a todos nosotros, a transmitir con alegría la ternura de la fe, la felicidad de la esperanza y el amor a Dios. Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

IV.- Liturgia eucarística

*Del XVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad.
O bien: de san Joaquín y santa Ana, memoria.*

V.- Ritos de conclusión y despedida de la asamblea

Oración después de la comunión

En el XVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Hemos recibido, Señor, el santo sacramento,
memorial perpetuo de la pasión de tu Hijo;
concédenos que este don,
que él mismo nos entregó
con amor inefable,
sea provechoso para nuestra salvación.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

En la memoria obligatoria de san Joaquín y santa Ana:

Oh, Dios,
tú has querido que tu Unigénito naciera de los hombres,
para que los hombres renaciesen de ti
por un sacramento admirable,
concédenos, por tu misericordia,
que cuantos hemos sido saciados con el pan de los hijos
seamos santificados por el espíritu de adopción.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Después de recibir los santos misterios,
te rogamos, Señor,
que concedas a tus siervos,
a quienes concediste que nos amaran,
el perdón de sus pecados, consuelo en la vida
y tu amparo constante,
para que todos nosotros,
sirviéndote con un mismo corazón,
merezcamos reunirnos con gozo en tu presencia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición

De la memoria de san Joaquín y santa Ana:

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Dios, gloria y felicidad de los santos,
que os ha concedido celebrar hoy
esta festividad de san Joaquín y santa Ana,
abuelos de nuestro Señor Jesucristo,
os otorgue sus bendiciones eternas.

R. Amén.

Que por intercesión de san Joaquín y santa Ana
os veáis libres de todo mal,
y, alentados por el ejemplo de sus vidas,
perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.

R. Amén.

Y que Dios os conceda reuniros con los santos
en la felicidad del reino,
donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos
entre los moradores de la Jerusalén celeste.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo , y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

En el tierno recuerdo de los abuelos de nuestro Señor Jesucristo, no dejamos de sentirnos también queridos por su hija, la santísima Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra; para ella es ahora nuestro afecto y nuestra invocación. Que al separarnos permanezcamos unidos en el mismo amor que ella y sus padres nos tienen y que refleja la misericordia eterna del amor de Dios. Id en paz y anunciad a todos la alegría del Señor, que es nuestra esperanza.

Podéis ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.

Canto a la Virgen.

Oración
por la V Jornada Mundial
de los Abuelos y de los Mayores
2025

«Feliz el que no ve desvanecerse su esperanza» (cf. Eclo 14,2)

¡Qué hermosas son estas palabras tuyas, Señor!

Ayúdanos a continuar nuestra peregrinación a lo largo del tiempo
¡animados por la esperanza que viene de Ti!

Ayúdanos a llevar a este mundo, que se está dividiendo,
la esperanza de la comunión.

Ayúdanos a llevar a este mundo, herido por las guerras,
la esperanza de la paz.

Ayúdanos a llevar a este mundo, que se deshumaniza,
la belleza de una sonrisa antigua.

Ayúdanos a ser el recuerdo de tu ternura,
para nuestros nietos, para nuestros seres queridos
y para todos los que encontremos.

¡Ayúdanos a llevar a un mundo que no te presta atención
la Esperanza de una vida nueva que sólo Tú puedes dar!

¡Porque en Ti, Señor, nada está perdido!

¡Porque en Ti, Señor, todo vuelve a empezar!

Amén.